Décimo Quinto Domingo después de Pentecostés Propio 19

Septiembre 13, 2020

Año A RCL

Génesis 50:15–21; Salmo 103:8–13; San Mateo 18:21–35

"—No te digo hasta siete veces,

sino hasta setenta veces siete."

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

Continuamos nuestro viaje leyendo el evangelio de San Mateo, la semana pasada escuchamos cómo el pecado de una sola persona afecta a todo el cuerpo de la iglesia ya que todos estamos conectados y dependemos de los demás. Y *"cómo donde dos o tres están reunidos en el nombre de Jesús, Él estará allí en medio de ellos".* Hoy aprendemos porqué es importante el perdón en las interacciones del día a día con los demás mientras vivimos en comunidad. Reflexionamos sobre cómo pedir o recibir perdón se convierte en parte fundamental de nuestra vida espiritual.

Pedro le pregunta a Jesús: —*Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, si me hace algo malo? ¿Hasta siete?*

Pedro quiere escuchar una cantidad, una cuantía en números que pueda rastrear y administrar. ¿Con qué frecuencia? ¿Siete veces? Con frecuencia los seres humanos tenemos la tentación de reducir las realidades divinas a una

dimensión que somos capaces de contar y controlar. Como perdonar siete veces, lo que parece razonable y posible cuando vemos el perdón desde una perspectiva humana.

"Jesús le contestó: —No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete."

La respuesta de Jesús nos recuerda de que las realidades humanas que creemos conocer y gestionar tienen también una dimensión divina que es más profunda, puesto que misteriosa y desconocida para nosotros y asociada con Dios. Es por esto que realidades como la compasión, el amor, la armonía, la paz, el perdón y muchas otras no pueden reducirse a meras actividades humanas porque son expresión del ser de Dios que sigue trabajando y estando presentes siempre a nuestro alrededor en el mundo a través de estas y muchas otras realidades. Todos estos atributos divinos son evidentes especialmente en las relaciones humanas.

" *Setenta veces siete*" significa para siempre. Estamos llamados a imitar a Dios que nos ofrece su amor perdonador una y otra vez sin importar el tamaño de nuestras ofensas o pecados. Al enfatizar siempre en perdonar, en nuestra relación con los demás nos volvemos como Dios, perdonando y perdonando a los demás. Al dispensar y transmitir el mismo perdón que recibimos y

disfrutamos de Dios, entendemos que Dios es la única fuente de verdadero perdón.

El perdón tiene un doble movimiento de pedir perdón y dar (ofrecer) perdón a alguien. Ambos movimientos requieren humildad, madurez, amor y la conciencia para reconocer que, como seres humanos, cometemos errores, pecamos y ofendemos a Dios y a los demás. Por eso Jesús menciona "*Setenta veces siete* " para mostrar cómo la misericordia de Dios no tiene límites. Si Dios nos trata de esa manera, también nosotros debemos ser misericordiosos con los demás.

No obstante, a veces, los seres humanos quieren recibir, disfrutar y conservar la gracia del perdón solo para sí mismos. Al responder a Pedro, Jesús menciona la parábola del siervo que recibe el perdón del rey quien perdonó todas las deudas que tenía el siervo, una gran cantidad de dinero, pero quien no pudo hacer lo mismo y perdonar a un compañero que le pidió que lo absolviera de una pequeña deuda.

La gran diferencia en las cantidades de dinero que ambos tienen en deudas muestra que cuanto más recibimos, más se nos pide devolver y dar. También muestra que todas las cantidades son iguales frente a la gracia de Dios.

Cantidades grandes o pequeñas son perdonadas de la misma manera y nosotros estamos llamados a hacer lo mismo ""*Setenta veces siete*"

El hecho de que Pedro pregunta *¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, si me hace algo malo?* y que la parábola menciona a dos siervos con diferente valor en deudas nos recuerda que como seres humanos siempre necesitamos la gracia del perdón, siempre estamos en deuda con Dios. El perdón no es una experiencia aislada que tenemos solos, sino una expresión poderosa de la gracia de Dios en interacción humana que le pertenece a Dios de quien

recibimos y tomamos prestado una y otra vez durante toda nuestra vida para todas nuestras relaciones humanas "*Setenta veces siete*"

La negativa de pasar y compartir el perdón que recibimos de Dios nos convierte en “malvados”, como llama el rey al siervo implacable que ha recibido y negado a su compañero la libertad de la deuda. Cada vez que paramos el doble movimiento del perdón solo recibiendo sin dar o dando sin recibir nos convertimos en esclavos malvados de nosotros mismos y nos burlamos de la imagen del Dios perdonador en nosotros mismos.

La incapacidad de compartir el perdón lleva entonces a la tortura y trae el castigo y la destrucción de una persona como podemos ver en el siervo que actuando egoístamente provoca la ira del rey.

“Yo te perdoné toda aquella deuda porque me lo rogaste. Pues tú también debiste tener compasión de tu compañero, del mismo modo que yo tuve compasión de ti.” Y tanto se enojó el rey, que ordenó castigarlo hasta que pagara todo lo que debía.”

""*Setenta veces siete*" es la medida que Dios usa con nosotros. Nosotros también necesitamos perdonar de corazón *“setenta veces siete”* si queremos seguir experimentando la piedad y la misericordia de nuestro Rey y Señor. Amén.